



Una perra salchicha, Lily, se sitúa en el centro de esta historia

Narrativa Un debut literario de impacto. Steven Rowley hace un retrato tragicómico de la pena basado en la muerte de su propia mascota

Un pulpo viene a cenar

ANTÓNIA JUSTÍCIA

Cuando leí la sinopsis que acompaña la contracubierta de *Lily y el pulpo* pensé que Steven Rowley (Portland, 1971) no había escrito un libro para mí. Me gustan los perros pero no soy una amante apasionada de los perros. Así que introducirme en el universo de un joven gay con aspiraciones de escritor cuya atribulada vida amorosa se ve interrumpida por el cáncer previsiblemente terminal de su mascota no me parecía una plan atractivo. Pero lo hice. Y aunque la obra –la primera de Rowley– es una declaración de amor incondicional a su perro, hay que reconocerle la brillante forma de abordar un tema delicado sin caer en la sensiblería y la lágrima fácil. No es un libro escrito con lirismo. Es un libro cristalino, ágil, lleno de rabia, cinismo, humor y amor, y la mezcla da como resultado un apasionado y épico relato.

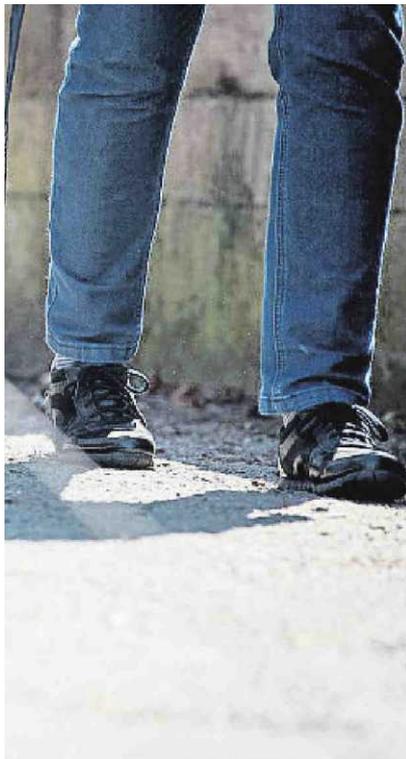
No es la primera vez que escucho o leo que alguien con cáncer se refiere a él con un eufemismo. El bicho, la cosa, el bulto... Aquí, Ted, el afligido amo de Lily, una perrita salchicha de doce años, descubre un día cualquiera sentado en el sofá de casa que

su mascota tiene un pulpo en la cabeza. Pero no uno cualquiera. Este es un ser inteligente, sarcástico y malévolo capaz de sacar de sus casillas a Ted, quien emulando a Cate Blanchett en la película *Elisabeth* sobre los primeros años de reinado de Isabel I, le espeta puño en el aire: “Hay un huracán dentro de mí que arrasará España si osáis desafiar-

**“El pulpo se ríe de mí.
Sigue divirtiéndose
con la escena de Lily
follándose mi pierna.
Junguiano”**

me”. La guerra contra el pulpo ha comenzado.

Steven Rowley ha trabajado como escritor independiente, columnista de periódicos y guionista. Originario de Portland, Maine, actualmente reside en Los Angeles, ciudad donde transcurre esta su primera novela, basada en la pérdida de su mascota con el mismo nombre. Por sus calles deambula Ted, cavilando la forma de deshacerse del pulpo,



MATT CARDY/GETTY

entre sesión y sesión de terapia con su psicóloga, Jenny. Come galletas en el diván y se pierde en nimiedades para no hablarle a su terapeuta de lo que realmente lo atormenta. Porque es incapaz de lidiar con la idea de que Lily morirá. Y en ese estado de negación, Ted interactúa con el tumor como si fuera un ser sensible capaz de pensar y conversar, una criatura que podría ser expulsada o aceptar la petición de marcharse: “Miro a Lily. El pulpo se ríe de mí. Sigue divirtiéndose con la escena de Lily follando mi pierna.

–Junguiano. No eres más gilipollas porque no puedes–, le digo, irritado.

–Estábamos conversando, nada más.

–Tú y yo nunca conversamos solamente. Tú conversas, yo planeo tu muerte”.

Ted plantea una estrategia de combate que pasa por cumplir la máxima de “para derrotar a mi enemigo, tengo que convertirme en él”. Y así acaba en el sillón de un tatuador artístico, Kal, con el que nos adentramos en las páginas más metafísicas del libro: “¿Qué es la muerte? ¿El final de la fotosíntesis, de la quimiosíntesis, de la homeostasis? (...) ¿El último latido del corazón? ¿La última generación de células? ¿Exhalar el último suspiro?”. Épica y bizarra la batalla de Ted y Lily en el mar con el pulpo a bordo del *Fishful Thinking*. ¿Dónde hay que hacerle cosquillas a un pulpo para que se ría? La respuesta es igual de marciana que la pregunta. |

Steven Rowley

Lily y el pulpo

ANAGRAMA. TRADUCCIÓN: DANIEL NAJMIAS.

352 PÁGINAS. 19,90 EUROS